Finlandia feliz



Daniela Olsa

Finlandia feliz

Daniela Olsa

Finlandia feliz

Daniela Olsa

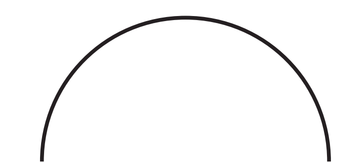
Finlandia feliz
Daniela Olsa



papelesfotocopiados@outlook.com
papelesfotocopiados.com
Guadalajara, Jal.

Impreso en Guadalajara, Jal.





«Por todas esa veces que hemos querido hablar con el gerente de esta vida y sólo nos topamos con los empleados del mes»

I
Las princesas venden sus ponis para comprar narcóticos

El mundo está lleno de fuentes que huelen a raspado de grosella, con mongoles montados en caballos chaparritos y mujeres asiáticas de edad avanzada que hablan con ratas desde sus camas calientitas. Viven bajo el mando de quienes se meten cocaína hasta que les salen piernitas de la nariz. Te educan para ser jamón, para amamantar cabras en tu cumpleaños, para que, algún día, humilles a tus hijos azotando en la mesa langostas de goma con pelusa cada que quieran expresar su opinión. Empiezan desde que eres pequeño, te dan pelotas hechas con pieles de niños que usaban braquets, te abrazan con el sabor de los homínidos, contratan filipinos para que se acaben tu cereal, a chinas satánicas que te canten villancicos mientras comes mariscos, y a falsos vampiros para que vomiten en tu jardín.

Te gastas la vida parado frente a maquinas expendedoras de bragas, con falsos lisiados suplicando misericordia, también falsa. Se te van años intentando acomodar las tristes figuritas de porcelana en las que preparas la heroína, tropiezas con canastas atiborradas con refacciones de bicis y cuervos, te besas con gitanas ebrias que fueron contratadas previamente para llorar en tu funeral.

Sorbes sopa que sabe a maquillaje. Tomas jugo que sabe a sangre.

El agua que bebes es tibio orín de deportista anabólico, sudoroso, viril, quimérico…

No duermes, las noches son sólo dolores de cabeza, provocados por las agonizantes ilusiones de mujeres plastificadas, obtenidos del blando arrastre de seres gregarios en búsqueda de alimento. El gemir de ancianas en la lava con sudaderas rosas de algodón, las protestas ciegas de astronautas comiendo ravioles afuera de un putero.

Y el amanecer viene decorado con dientes rotos de modelos, flotando

en la piscina, oscilando melódicamente en el agua clorada.

Te dan ganas de volar alto, sólo para poder cercenarte en el ventilador.

Y lo único que queda es la metafísica menguando, embarrada en tu pared.

Es por eso que mi amigo imaginario se pasa todo el día apuntándoles a los vecinos con una escopeta, esperando ver dodeacaenos asesinos, ochentones gay dentro de alberquitas de goma, que te leen el futuro hasta en el culo de Pedro Infante, prostitutas vestidas de payaso con placas de platino en la barbilla, chavos que van a conseguir droga a un altar para la virgen, mientras sus hermanas mayores se pican la cara con unas pinzas. Revolucionarios sin cejas. Ninfómanos amantes del rap…

Mi amigo imaginario es un delgado chico de cabello rubio muy sucio, siempre lleva encima una chaqueta púrpura con peluche en el gorro, y una pistola en el bolsillo izquierdo, pone a prueba el umbral de dolor de la humanidad, manteniendo su brazo roto expuesto a jirones, y cuando a éste le sucede otra herida, un meteorito atraviesa la Unión Soviética. Nunca habla conmigo, pero cuando me mira directamente a la nuca, siento como si me entrara agua en la nariz. Es mortífero. Con él, todas tus buenas intenciones son malinterpretadas como intentos de acabar con el mundo.

Me abrazo las rodillas en un rincón, la falda se hace arrugas nuevas con cada gemido que doy. La luz que entra por la ventana me dice que casi son las seis de la tarde, que el gas de la estufa ya se tardó mucho en impregnar la casa.

Que hasta para morirse, hay que tener paciencia.

II
Bailamos como cisnes y no nos vieron

Hay hormigas metálicas comiendo pelos de la estufa, novedosos métodos de autodestrucción para morder a la monarquía. Yo digo que llenemos una piñata con medicinas caducas y hagamos una fiesta para lamer al prójimo, como en las antañas orgías de los burgueses... Ordenemos libros por el color del autor. Abracemos paraguas por el simple placer de que nos vean feo, orinemos las camas de los vagos limpios y roguemos que no nos corten la cabeza como a sus esposas inventadas.

Y usted, ¿a qué edad descubrió que sus cortinas estaban vivas?

Meduelenlosórganos, y los gángsters. Me duelen partes del cuerpo que no tengo o que todavía no me salen. Me duele el alfombrado húmedo de la vida.

Y no sé qué coño haré cuando me pregunten qué sucedió.

Tal vez les cuente de cuando llegó una caravana de chavitas con vestidos negros, lideradas por el amigo ruso de Jueves a quien le puso los cuernos una vikinga. O de aquella vez en que el Tigre se aventó al río en una motocicleta prestada, únicamente para probar su amor por mí. Quizás les cuente que a mi abuelito se lo llevó el chiflón y lo dejó arriba de un mercado; que Paul ha venido del pasado para matar a su gato caguengue y patear latas; o de cómo a Sunshine y a mi nos persiguió una pandilla de 15 perros ansiosos por toda la Villa una mañana de domingo.

Debería ponerme a contar a los indigentes que nos han enseñado sus partes privadas, o a todos los viejos depravados del metro a los que he visto masturbarse frente a mí sin descaro.

De cómo es que llegas al momento de tu vida en el cual te das cuenta de que no es polvo de hadas, sino un montón de exconvictos ensamblando muñecas.



III
Silvia Pinal trae 34 pelucas en su auto

Cuando alguien no entiende mi viaje, me acuerdo de Lennon dejando a su primera esposa en el andén del tren, porque ella no corrió rápido. Presiento qué, cuando hablo, suena la canción de la dimensión desconocida en las cabezas de los demás. Y que si mi mamá se corta el cabello, es porque que ya no me quiere.

No es que sea especial, sólo soy otro tipo de loca.

Las locas de jardín, las locas de los hijos, las locas de las ventanas, las locas del peluche, las locas de la plaza, las locas de los zapatos, las locas de los hombres, las locas de montaña, las locas de las vitaminas, las locas del sobrepeso, las locas de escalera, las locas de iglesia, las locas de los chismes, las locas religiosas, las locas de puente, las locas futuristas, las locas de los cuadros, las locas a las que atropellan y no les pasa nada, las locas como Ananda a quienes no puedes sacar de tu vida y no dicen nada en meses y sólo reaccionan con una canción de Radiohead, y luego las llevas a sus casas en la Condesa, pero cuando regresas están de nuevo en tu puerta. Las locas que usan peto, las locas que tienen rastas en los abrigos de piel de conejo. Las locas de buzón, las locas de las bodas, las locas del cabello, las locas de los pianos, las locas del río y las locas del costal.

Yo soy ese tipo de loca que sólo bebe agua vitaminada con karatekas falsos.

IV
Apuesto a que nunca pensaste que te dirían que vieron a tu papá en la isla de la fantasía...

Imagínate que tuvieras el ombligo en la cara. Que de chiquito nunca te hubieran cargado con amor y que siguieras en el vagón del metro bajo la mirada inquisitiva del hombre japonés que criticaba tu calzado. Está cayendo una trompa. Nadie te mira detrás de la cortina, todos esperan que comas queso para tus huesos y eches burbujas en el Viaducto; los defraudas, no recuerdas cómo vestirte sin parecer el moco verde que se arrojaba por el lavabo.

Te dan ganas de vivir en la regadera, flotando en medio de la galaxia aunque desaparezcas y nadie vuelva a pasarte lista; te desconoces cuando dices tu nombre porque también eso se debe ganar, así como el derecho a vivir en este cochino mundo, con todo y su pan de jengibre y las ganas irregulares de llorar.

V
Manatíes motivacionales

Una vez le jalé el cabello a mi abuelita, y me acordé porque también me gusta bailar Eddie Eddie y muero por tener sesenta años, para pasar los días arreglando más mi cabello que mis problemas. Y si alguna vez tengo cola, quiero que sea de gato.

Entonces me di cuenta de que mi calzado es una vergüenza, no hay par que no esté mojado, roto, mancillado, sucio o apestoso, que mis pies provocan daño atómico. Por ejemplo, el sábado pasado murieron los rickys (un bello par aspirante a Oxford color negro plomo) que, en medio del viaje, comenzaron a convulsionar y a vomitar jabón de las costuras, ni me preguntes cómo porque no lo sé, total que para cuando amaneció, estaban resquebrajados y espumosos, con las puntadas en carne viva. Los tiré con profundo dolor después de un sepelio, donde Alain Goraguer interpretó una sola canción.

Luego regresé a casa con el cielo perlado, evidencia clara de todas mis tentativas de desaparecer, qué voy a saber yo de compromiso, si siempre se me jalan las medias, pierdo las sombrillas y, a veces, ladro o aúllo sin darme cuenta.

Me gusta tener las gafas sucias para hacer como que estoy en un sueño, estar tan triste que, cuando voy para el trabajo y paso por la colonia Obrera, me pongo a llorar. Me lleno de angustias y alegrías del futuro, imaginando que me pasa esto o aquello y cómo será, cómo me veré, cómo serás tú…

Y contemplo todas esas ilusiones como si fueran zapatos de Barbies tirados en la banqueta.

Y es que la vida es muy cara y a veces no vale la pena, como las hamburguesitas tristes que te venden de promoción cada vez que México mete un gol. Cual anuncios del gobierno sobre cosas que todos sabemos

que nunca van a pasar. El tatuaje de henna con forma de sol místico que se despinta lentamente en la espalda de una chica fácil de signo acuario. Una nota mal escrita por un adolescente que perdió en las maquinitas.

Los días feriados que nos hacen ilusión y que, cuando llegan, no están tan padres.



VI
Alan y Daniela.
Todo yéndose a la chingada

A veces puedo deslumbrar tus ojos de leche, dilatando las brumas que tu partida dejó en las mentes de los pianistas eternos. Y tu brazo, blanco y delgado, como una daga plateada a punto de acuchillar.

VII
Delirios de renta limitada

Soñé que el Tigre se rompía el tobillo, tenía el cabello largo muy bonito, y un suéter azul sobre una camisa rosa. Intento no pensar en él pero fracaso, no hay nada en esta vida que pueda hacerme feliz, no de la manera en la que él lo hacía.

Ojalá hubiésemos descubierto China juntos, y me hubieses llevado a casa en un bisonte; ojalá nos hubiéramos escondido en la azotea de tu papá, mientras éste oyera ópera bajo un candelabro roto; ojalá que regresaras para volver a salvar al mundo.

Te tuve a ti y a tus hijos lobitos, a los que escondía en la parte alta del closet para que no se los llevaran los Hunos. A veces venías a jalarme el cabello específicamente, o te aparecías a mitad de los forrajes de la escuela, con el sol detrás de ti y, de repente, todos los adolescentes de alrededor eran una corte francesa, flipando sobre riñas entre monstruos y quimeras, no sólo marihuanos hablando de fútbol. Entonces me escribías en los cuadernos que me casara contigo, y yo me echaba a correr con pasto seco metido en las medias.

Si pudiera regresarte a la vida armándome muñeco tétrico, tamaño real, hecho con pieles de muchachos parecidos a ti, créeme que ya estaría cosiendo carne, puntada tras puntada, corte vaquero, talla mediana.

Pero no tiene caso prender luces donde las teteras tienen agujeros, o buscar titulares de anfibios los martes, cuando sabes bien que esa silla ya no sirve. Me voy a seguir metiendo el pasador en la muela hasta que me sangres y me moestres que pasan tus bondades repetidas en Cinema Golden Choice, y no sólo era parafernalia de drogaditos.

¡Bang!, baila, ¡bang!, que bailes te dije; ¡bang!, regresa, ¡bang!, ya me morí.


BEST
BUTT
14

VIII
Mis órganos son toda una odisea pop

Mi inspiración estaba en el jurásico parque de las señoras, tomé otra copa de vino y me dieron ganas de vomitar. Entonces me puse las botas y salí a la calle, el aire de otoño mojado me dio en la frente, seguí derecho por la banqueta y, como siempre, me vi en una película.

Hace poco me acorde de Wenz. Era un chico muy inquieto. Una vez pasé 20 minutos con él metida en la cajuela de un Tsuru pensando que me iba a morir. En otra ocasión, me llamó por teléfono mientras yo estaba sentada en una banana gigante, esa misma noche la pasé con él, Astrid y Jeremy-colegio-para-varones, cuidando a Napoleón y bebiendo té. También recuerdo que anoté en mi diario el miedo que tenía a que Astrid me mordiera. Pensar en Wenz me llevó a meditar sobre Henry, Henry quien, de una manera u otra, es el meollo de todo este asunto.

Con el primo tuve un viaje acuático en el que nos cantaban canciones de Bowie, mientras su árbol -el que vela por los sueños- nos miraba tiernamente. Nos pasaron por encima 477 autos noctívagos, y nosotros librábamos batallas cósmicas en mute total. Perdimos muchas extremidades y por la mañana regresé a Berlín. Me hice una peluca de shampoo, primero fui Madonna, luego la chica antipática del comercial de guantes, y por último, María Antonieta, fue el que más me ajustó, tenía que alzar las cejas para no verme molesta pero sólo conseguí verme distraída, aunque, si soy María Antonieta, creo que es mejor, para no darme cuenta de que me van a matar y todo eso.

IX
Dorothy Sunshine

La noche que nos conocimos traíamos una juerga descomunal, nada nos bastaba, nos urgía que inventaran nuevos colores para describir todos los sabores que nos acudían a los labios, se nos terminaron los caminos, e inventamos otros más. Pasamos toda la madrugada discutiendo como locos, fuimos soldados desamparados en una tierra desconocida, y, como suele pasar con las personas de las que dependes para sobrevivir, desconfías de sus intenciones, hasta el punto en el que tomas las tijerillas para las uñas y terminas, sin querer, picándole la frente a tu mejor amigo.

Soy la mejor amiga de Juan Escutia y no tengo miedo de hacer el ridículo.

Es normal que te den ganas de patear a tu robot a las vías del tren, es normal que se aparezca el vecino de 50 años que tiene gatos en las macetas y se viste de mujer, es normal que se te olvide usar uno de tus pies y lo lleves arrastrando por las avenidas de Tlahuac, es normal que tu mejor amiga te lave el cabello con tierra, que no puedas salir de Juanacatlán porque todas las calles son la misma, y que por la mañana te encuentres con Jhonny Laboriel en pijama, de malas, viendo a su perro orinar. Es totalmente ordinario olvidar que tienes cuerpo, y sentir que eres sólo una cabeza flotando y que tu cabello es de plástico movible como figurín de playmobil.

Es frecuente que termines perdido arriba de un cerro en Milpa Alta, esperando morir, porque lo último que pasa por tu cabeza es tener instinto de supervivencia, y que regreses a casa, con los caminos cruzados y tus botas rotas, rotas mil veces.

Es normal que hace un año, tuvieras diez menos.

X
Algo me dice que nunca saldremos de la glorieta de Cibeles

Tengo tantas ganas de irme a la chingada que me comería un caballo, es la increíble historia de un presunto caníbal que se comió a un niño con camisón, hijo de los cripis, de esos que no sienten nada hasta que les incomode, o sea los gatos de los locos, tú sabes de quién te hablo, es el tiliche sagrado, el que toma licuado de plátano para hacerse el valiente y es más aceitoso que Iván el terrible.

Dios los hace y algunos enloquecen.

XI
I'm the black forest in your mind, I can't let you see the clouds anymore

Subir 5 escalones corriendo y tropezar en el tercero. Ponerte un vestido nuevo para usar con un chico que quiere a otra. Corretear a tu perro tres cuadras, en pijama, sabiendo que va a regresar solo; tener fantasías de vida antes de conciliar el sueño; llorar en un bar porque no puedes girar a la izquierda sin ir colocado; llamar a la única persona que tal vez pueda comprender que todo dentro de ti valió madre, y que no conteste; comer sin hambre y vomitar después; salirte de tu casa para ir al baño de un centro comercial, a media hora de distancia, sólo por llenar el tiempo vano; llorar por el árbol de la esquina que nadie nota; decir buenas tardes a todos los postes y bailar con tu amigo imaginario en tu cumpleaños…

Y la toalla mojada, con gotas de tus pesares, te mira con angustia pensando en tu futuro; te acuerdas de los langostinos a los que les hablabas en la escuela; te rascas esperando sangrar copiosamente; pides prestado para comprarte un charco en el centro; abres el cajón izquierdo y miras paisajes inverosímiles; te fumas un tormento tras otros hasta toser y extrañas gritarle al vecino.

Para terminar el día planeas fiestas pasadas con focos robados, planchas enloquecidas que aplasten grillos de Brasil, novios invisibles para tomar de la mano, pláticas insonoras, cartas que nunca te envían.

Te acuestas en la tina de latón y te das cuenta, con un sobresalto, de que estás solo.

Pero leí por ahí, que nadie está sólo si puede bailar.

XII
¿No estamos quebrantando alguna ley tiempo-espacio?

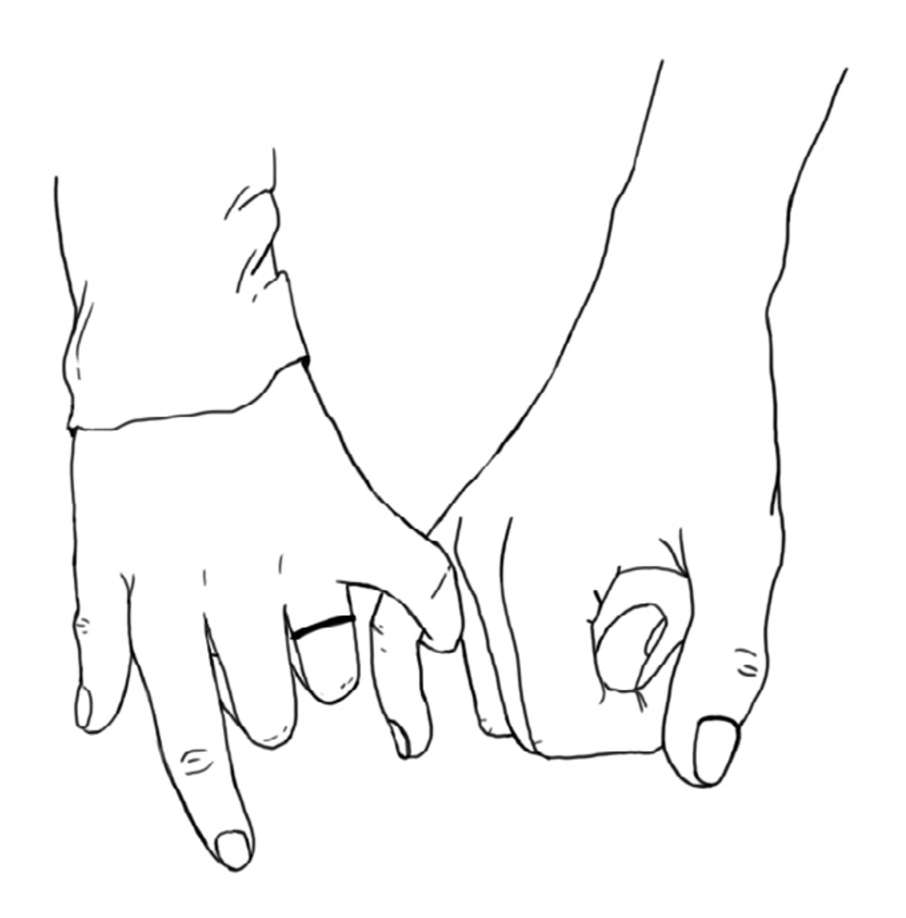
Llegó la tarde en la que atravesamos 30 veces la misma calle, por el simple placer de ocupar un espacio en la vida, les salimos con pico de pollo y un hocico peludo que acariciar, habían magos que olían a sapo, pórticos con sofás rojos, monitores de computadoras abandonados para que los agarrásemos a palos y un sin fin de cosas que quemar a nuestro paso. Entonces el señor sin brazos me trajo a un chico llamado Tokio.

Ése chico era un paletón. Él canturreaba canciones pop y se quejaba del sushi de la Roma. Medía 1. 77 dentro de una lata de verduras. Ése chico era un paletón. Vivía enamorado del amor. You are the one there I want, you are the one one, uh uh uh. Ése chico era un paletón. Pasaba los domingos bebiendo malteadas y todo tipo de lácteos frente a una clínica de cuidado para uñas infectadas. *Hit me baby one more time*. Ése chico era un paletón, tan vivo que sus cosas bailaban a su alrededor cuando él dormía. Un día dibujó un zapato negro en mi brazo, el día en que buscábamos un baño limpio para Matilde, era el zapato más hermoso que había visto jamás. Ése chico era un paletón, y también un igualado de colores, el más cándido del mundo. Un día prometimos ir a patinar sobre hielo. Se murió Bowie y nunca más quisimos hacer algo divertido.

XIII
Y justo cuando empiezas a sentir respeto por alguien, te das cuenta de que trae la bragueta abajo

Aquí no hay un avión, no, aquí jamás hubo un avión, deja de mirarlo, porque aunque ahí hubiese un avión, no sería para ti. Una vez tuviste la oportunidad de escapar, y mírate, ahí, efervesciendo en el sofá de tus rencores junto al frigorífico, que tampoco perdona nada. Vamos a olvidar que nunca hicimos algo por lograr lo que, por las noches de ebriedad bajo los puentes, nos juramos entre gruñidos y balazos. Vamos a procurar no recordar que todo se fue al retrete porque jamás nos atrevimos a tomarnos de las manos, a menos que fuese la media noche de un día perdido en enero. Intentaremos vivir con el descontento que nos produjo siempre estar en el apartado de las damas, y dejaremos correr, sin mucho arrepentimiento, esos 100 años que, aunque tú y yo evitemos mencionarlo, sabemos que corren paralelos a este tiempo, mirándonos desde la ventanilla…

Burlándose de nuestra memez.



XIV
Pobres niños lampiños

Vamos a coserle un suéter que diga *Go Bulldogs!* a tu lavadora. Para que les eche porras a los plomeros de todas partes del mundo y ya nadie se sienta tan triste, tan solitario o tan sucio. Háblame de cuando lloraste en la regadera porque te cambió la vida, corre y cambia los tickets del cine para más tarde, que ya no me acuerdo cómo caminar. Al rato se me pasa, como esa canción de Leonard Cohen sobre el cabello rubio de la chica que no sabe decir adiós apropiadamente. Suena una canción que no te gusta, pero tus pasos van al ritmo, y por más que quieres evitarlo, todos piensan que te ves ridículo…

¿O sólo somos tú y yo los que vemos esta película de mierda mientras los demás la pasan increíble?

Cuando cierro los ojos tengo miedo de que un troll de cabello rosa me esté mirando, me entra el pánico y pienso cosas buenas para todos: Una pasta de dientes que nunca se termine, un abrazo que después de cierto tiempo no incomode, y unas tijeras que nunca se oxiden.

Hay que escuchar canciones del 2005 mientras me explicas cómo pasar ese nivel de Tomb Raider en el que siempre me atoro. Déjame despeinarte cada de que alguien baile baile baile con la radio. Peléate con Francis por sus indiscreciones y tira todas las cámaras de video del mundo, ya que nos va a grabar de nuevo. Luego, cuando te borre la memoria y quieras saber quién es el muchacho que se parece mucho a ti, va a montar su voz y dirá que es Arturo, tu hermano gemelo malvado.

Jeremy también tiene un hermano gemelo, cuyo nombre desconozco y que me da pánico ver en vivo, porque no me explico que Jeremy no lo haya asesinado aún, con todo y su suéter de Cesar Costa, como el que me prestaron la noche que nos corrieron de la fiesta del chico MC argentino al que le rompieron su pez espada de 2,000 dólares.

Fetiches extraños de personas extrañas.

Como a George, a quien le gustaba que le salieran granos enormes en la barbilla para tener con qué jugar de su cara y así entretenerse acostado en su alcoba acuática, donde tantas veces nos reímos del capitán cereal y su ayudante hojuelas. O Sunshine, cuya afición es simular que está en una barquita, o en un edificio a punto de caer rodando, y cuando ya está deslizándose sobre la nada, a punto de ahogarse o morir descalabrada, simplemente rueda sobre la cama con mucho alivio. Y yo, que cuando me bañaba en la tina con forma de corazón de mi abuelito, me tiraba al fondo y pedía auxilio, mientras salpicaba el azulejo adornado con pavos reales.

Por eso voy a pagarte 5 pesos para que me hagas cara de pollo y no puedas, por más que lo intentes, pero me hagas reír como Kelso, hasta que pierda la voz y no pueda volver a recitarte anagramas antiguos, a calcarte cicatrices de infancias ajenas y colorearte las tardes con propaganda falsa.

¿Has escuchado de todas esas coladeras tapadas? Dicen que ahí habitan todos los poemas no dichos por los monstruos a los que les tienes miedo en las noches, te los recitan en su mente mientras te miran fijamente los tobillos, y saben que su amor es imposible, porque siempre que piensas en ellos te tapas con la sábana, cuando todo lo que quieren es tomar tu mano y darte un beso en el autocinema. Pero tú de noviazgo no quieres saber. Y allá van, adoloridos, con los pies apretados en sus zapatos, y el frac sucio de tanto llorar.

De eso no puedes entender, todo lo que haces es correr por las calles con los nudillos apretados, perdiendo y encontrando extremidades de asesinos seriales que, cansados, avientan vísceras por las ventanas, mirando el mundo girar gentilmente fuera de tiempo. Mientras a mí, a mí me vuelve el miedo…

Miedo del pelícano gigante dibujado en el fondo de la alberca; miedo de las personas que se disfrazan de gorilas; miedo del que da ver un dinosaurio falso nacer en medio de la cocina; miedo de que lleguen unos charros a confiscar todos los cuadros de la casa; miedo del Ecuador; miedo de que en serio te hayas ido para olvidarme y, además, tengas éxito, ¿qué voy a hacer

yo aquí, sola, con todas esas pegajosas tardes nuestras en mis bolsillos?

Es inquietante ver con qué facilidad puedes romperle la quijada a un perro, en este mundo tan hostil, donde bajarte de la banqueta para ceder el paso no es un gesto de amabilidad, si no de carácter débil, en el que tu peinado es motivo de despido, donde Bobby el marica dice que comes pene y la intimidad de pasar saliva es violada por el morbo de las multitudes. Un mundo en el que, o tienes hijos, o tienes cáncer.

Aunque después de todo, no está tan mal, no suelo sentirme a gusto si no hay caos alrededor, en el caos no hay rutinas, ni cortinas con patrones que te digan cómo ser o a qué hora debes dormir, o si es inapropiado tener a Mercurio flotando en la bañera a las 3 de la mañana; el caos no te toca a medianoche a decirte que te calles, ni te da escobazos en el techo sólo para joder.

Pero a ver, trata de explicarle a un holandés que no te puedes pasar la vida preparándole el desayuno…

Ahora ya sabes que hay toda una generación de niños sin sus zapatillas.

Para saber qué tan mal se pondrá todo esto, tendrías que contar las veces que le he llorado a King Kong.

XV
Una guía práctica para que los turistas no se conviertan en ravioles:

Marinero que se duerme, le educan a su perro.
Si te roban un submarino, jamás serás besado.
Si abrazas de lado la lengua, se te pone verde.
Lo increíble actúa a modo de telescopio de cereal.
Cuando la luz azul llegue a su punto, trepa el ropero.
Los baños de pelotas se toman en un ángulo de 40 grados con la vista al norte.
En la cama que vuela, piensa en naranjas.
Jamás navegues tus alfombras con un lápiz del numero 2.
Cuando creas que ya regresaste al mundo normal, cuídate de los chicos en bici con vestidos de cavernícola.
En caso de escurrimiento estelar, revisar la foto de los *cripis*.
Si el maletín no cierra, abrace a su perro 3 veces y gire una toalla mojada sobre la mollera.

XVI
Bajo las órdenes del boggie

Henry y Minh tenían 19 años y eran perfectos, nos conocimos un domingo, el domingo en el que George me confesó su romance con el pirómano chileno. Habíamos bebido miel bajo el sol y Minh me había cortado el cabello con la navaja con la que Wenz planeaba suicidarse. Escapamos al parque hablando de su dealer que se hacía llamar "Wendy". Henry había llegado a mitad de la tarde, un poco después de que robásemos la bicicleta de aquél encantador de serpientes.

Henry era el chico más guapo en kilómetros, sabías que él estaba cerca porque las chicas tiraban sus medias al verle, con la esperanza de que él volviese la mirada, pero nunca lo logró ninguna. Él y Minh habían sido soberanos en otro tiempo, y habían pasado la adolescencia sembrando terror en los pastizales finos del fin del cosmos, hasta que la modernidad y la antisepsia conquistó sus tierras y tuvieron que volver a éste mundo para vivir con las bestias artificiales de los lagos no profundos.

Henry se pasaba el día buscando problemas, como un príncipe cualquiera, mientras Minh atormentaba a sus sirvientes con paráfrasis rotas. Henry estaba enamorado de Minh porque, secretamente, era el chico más cruel y astuto de todos. Minh nunca quiso corresponderle, entonces Henry enloqueció y acuchilló a todos en el pueblo, les sacó las vísceras y los obligó a tragarlas de nuevo.

Entonces vinieron por él y lo encerraron en una urna, arriba del más viejo de todos los búfalos, para que no volviera a escapar.

Él siempre decía que debes bailar hasta que te caigas.



XVII
Héroes domesticados

Una bañera de ducha pública, llena de zapatillas y anfetaminas, retorciéndose con partículas muertas y aire caliente artificial, envolviendo la fatalidad y las causas perdidas, con fotos de los sicóticos que no reciben condecoraciones, ni diplomas ni abrazos de orgullo, con mensajes codificados de los dioses de carne y hueso que se bañan en un idealismo, inútil, pero imperturbable, con rótulos de los mareos, los desmayos, los ataques de pánico, las ganas de morir, y el encierro, y los medicamentos, y el mal dormir, y el mal querer. Con música para apuñalar a tus muñecas que suena repetidamente en el reproductor fracturado de tu vida inamovible.

La vida que dejaste para poder salvar al mundo repetidamente, a mitad de la madrugada, entre comerciales de spray que se adhiere a tu cráneo y finge ser cabello; entre obesos fantásticos que ignoran, que mientras viven en una pantalla promocionando ficciones a insomnes apáticos, tú alfombras mis sueños con luz robada del sol envuelta en celofán technicolor, alegremente transportada en cochecitos de súper, brevemente olvidados en un estacionamiento mal iluminado.

XVIII
Pavel, hueles a gato horneado en mantequilla

Vas a danzar entre el aliento húmedo de los héroes olvidados, te cubrirás con el último pedazo de cobija jalado por un proscrito necio, verás un vago que viaja en el tiempo y regresa para contarte, en un sábado 2 de abril, que existen los módulos hábitat, estrellas cuajadas donde el sol nunca se pierde de vista, con el universo que empezó en el abismo, y ahora pasa la tarde en Insurgentes y Reforma leyendo la Constitución.

Todas las batas son anónimas, como nuestras batallas perdidas, como los perros en los eclipses. El lugar en el que sólo queda claro que vestirse con pana es como usar un bistec. Donde no es que tengas un mal presagio, sino hambre, en el que se ha perdido la corona de graduación de tu gata, con todo y su aristocrático pelaje, y a la que, por cierto, nos queríamos comer en esa tarde lluviosa, también de abril.

Soy un robot de cabello crespo, la promesa rota de un marinero del 44. Ya no quiero que nos demos la mano a través de la gatera, quiero que tengas el valor de espulgarte, ya que eres el capitán y no usas crema de manos, porque hay un sastre maderista que gusta de ver los cines porno de lejos conmigo, que se pone mis zapatos a la fuerza y a veces me besa en Bellas Artes. Yo sé que tú harás una danza gitana en la parte trasera de una fabrica a la que, tarde o temprano, vamos a quemar.





XIX
Señora, si no paga el rescate, a su marido se lo come un gorila

La gente siempre pregona que hay que decir la verdad, pero nunca lo hacen, van por la vida hablando, que si la verdad esto y lo otro, pero jamás ves la verdad mojándoles la boca. A mí siempre se me sale en crueldades, vomito la verdad, pero está llena de jugos gástricos que les hacen llagas a los demás, me regocijo con sus caras de asco. Luego no sé si sentirme mal o bien, porque después de todo no mentí...

Los proscritos usualmente son así, van por la vida con novedosísimas estrategias autodestructivas, iluminando senderos de humo, acosando a todas tus esposas de la primaria, besando a bebés y víboras por igual, usando botas para patear grulleros, con murciélagos en el cabello, abriendo el mundo subversivo de nuestros instintos sin usar.

Y ahí viene el remolino, más las patadas de venado en los órganos invisibles, ¡ay, me duele! Y no hago más que contener todo eso mientras mi cerebro escurre brillos en la almohada, y me deshielo por todos lados haciendo charcos, el mundo me dice que me vaya porque le crispo los nervios con tanto líquido esparcido, y me botan a la mierda entre risas, jalones y niños que le preguntan a sus mamás qué pasa, que si ya van a llegar.

Y la verdad es que ninguno tiene idea de a dónde mierda va, sólo se contentan con vestirse a diario, y tener pasta para gastarla en más mierda inservible que se les acumula en las mesitas de noche, hasta que se convierten en otro recuerdito de bautizo color pastel, atiborrando alacenas viejas.

Pero si nos perdonó a nosotros en nuestros disparates, ¿por qué no perdonarlos a ustedes, que se ahogan en su insulsez?

Allá ustedes si quieren vivir con la leche en el labio.

Y pongo una vez más ésa última rola que escuchaste en tu vida, sí, la de The Rifles que consta de 4:50 min de orgasmo auditivo permanente, de la sección vaya y piérdase en la quinta dimensión pero no olvide llevar su espátula.

Ninguno de nosotros compró viaje redondo, ya sea por desidia, falta de fideos o simples ganas de no volver, porque como siempre le digo a Prudence: ¿A qué me quedo? Dame una sola buena razón para quedarme, un propósito… pero no hay algo lo suficientemente increíble para lograrlo y allá viene mi tren, chao, luego te llamo.

Entonces llega Gary Oldman y rechina la cama, el techo es de encaje blanco, el baño, un submarino con luz azul, y te sientes como en la película donde un cuarentón mata a su gato y no se da cuenta. Pasas toda la noche esperando que Neal Cassady cruce la puerta, pero no sabes qué le vas a decir, fumas un Lucky Strike en su nombre, aunque esos cigarrillos tengan fama de ser para putas, y lloras, lloras como escritor viejo en la ventana, mientras todos en la avenida te ven los calzones y tú pensando que el vidrio era polarizado.

No es que huela a Crac, es que un mago acaba de desaparecer en la fiesta, abre las puertas que se encierran las corrientes, miraré tu nuca mientras lo haces y me voy a burlar mucho de ella. No utilices calcetas rotas porque dan cáncer, y mucho menos uses una idéntica a la otra, te van a sabotear y terminarás en uno de esos deshuesaderos, donde avientan a todas las personalidades desgastadas de tus examigos.

Ésta, es una oferta de rodillas raspadas para todos.

XX
El dolor de conejo atolondrado

¿Has sentido que, de pronto, así nada mas, te quedas sin fuerza?

Con una rama de árbol que crece entre tus órganos, raspándoles sus bolsitas protectoras, sus pielesitas, y a medida que crece va rompiéndolos, poco a poco, mientras sientes los jugos vaciarse, las membranas astillarse, y luego quedarse secas, pudriéndose, mientras tu interior queda inundado en sangre, sangre que poco a poco se vuelve negra, que apesta, que pesa.

Que se convierte en… ¿miedo?

Yo sí.

Entonces, veo la pantalla, blanca, grande. Tiene un telón escarlata rodeándole y, de pronto, una mancha negra, como de tinta china, que se impregna en cada espacio, poco a poco, segregando ese negro profundo, con trazos como los de mis dibujos.

Crece.

Se lo lleva todo.

Despierto, mi respiración es agitada, muy agitada, miro la ventana y trato de pensar en ti. En todas las cosas que llegaste a hacer para mantenerme a salvo.

XXI
Arrojando piedras a una taza de té

Ojalá que cuando me vuelva a enamorar, me vea al espejo y tenga cara de héroe intergaláctico, si lo que a mí me hace falta es un novio autista que lleve la cuenta de todos los helicópteros que pasen, y sea el único capaz de sacarme del ropero, o se salga a buscar mi cama, cuando ésta salga volando por la lumbrera, y la encuentre antes de que agarre altura. Que sea lo suficientemente competente como para llenar la tina con manitas de Barbies, y sentir ternura por ello, que nunca se sienta intimidado por mi locura, pero me provoque mucho amor con su voz de desvelo.



XXII

Hola, somos del Instituto Rector de Balcones y Terrazas, gestionamos el mal uso y mantenimiento de balcones de la ciudad y venimos a multarle por no usar el suyo, si en un lapso de 15 días no hay al menos una hamaca, una silla de playa, un libro o un individuo feliz en dicho espacio, procederemos a confiscar su balcón. Se usará grúa

Vagos con medallas olímpicas desfilan alegremente todas las mañanas a las 11:11. Nadie ha preguntado por qué, pero parece ser una protesta para que el gobierno reconozca a los pervertidos espontáneos como parte importante de la sociedad, y se les otorgue una sección en el desfile del Día de la Patria.

Y es que también lloran porque es triste cuando muere un cantante de salsa, héroes correosos con pantalones de vestir, que dejan una estela de gloria en cada drogadicto que se desangra en un antro de la zona Centro de ésta, o cualquier ciudad. Una marea de sudor exhalado de paredes sucias que respiran luz fluorescente, les rinde tributo cada noche.

Volvemos a los 90's para llorar en el cine, vemos a Demi y a Whoopie bailar románticamente y desde ahí sabemos que todo va a valer madres. Con Cory Jory Yory muriendo en el ático y tú, perdido en la vida sin saber nada de nada. Y pensar que sin conocerte, ya te he llorado y vivido varias veces. Una, si te acuerdas, en el campo abierto, después de gritar que era

comunista. Otra, en el sueño donde eras fanático de jazz, tenías un cuadro con la imagen de un puerto francés que se derramaba en tu alfombra de viejito, y yo te besaba.

Sueño con desconocidos, sueño con ser la era disco.

Me la vivo plasmándoles cosas a las cosas, snorkeleando en mi mugre, abrazando fantasmas porque la gente de aquí no me basta, y me dan ganas de que venga un científico loco de nombre Lester a asesinarme, en nombre del progreso del saber. Pero luego no pasa nada y me quedo sola, gritando con desgana: ¡Viva yo!

Y un gorrito de fiesta jamás usado.

Hasta que en algún punto de mi miseria, escucho a Serge decir Bardot, y se me pasa el berrinche.

Pero regresamos al momento en el que pienso que nunca vas a encontrarme, y vivo esta vida con un desconsuelo tamaño monstruo, me olvido de pasar saliva y tiene que venir otro amigo imaginario a salvarme. Desisto de mi fantasía de que me robes la virginidad espontáneamente, en silencio, mientras un cadete llora por sus medallas en el cuarto de al lado.

Hoy te puedes olvidar de conocerme, de todas las cursilerías y chorradas que me ibas a decir, de bailar en la madrugada, ebrios de borrachos, de perdernos juntos, de escribirme mucho cuando te entre la catarsis, de despertar en mi cama con la luz suave de semi dios enamorado, mientras yo te acaricio el pelo, y más aún, de verme los calzones cuando se te dé la gana. Por mi parte, prometo tirar a la basura todas las fotos que no te tomé, sobre todo esa en la que traes una camisa floreada y un cigarro. Borraré todas las canciones que sonarían cuando de repente llegaras a hacerme tuya, porque todo el día lo habías deseado, pero principalmente, me quitare esas ganas de que vengas a salvarme la vida, porque me estoy muriendo de nada.

Y todos los suéteres de viejito que no nos pusimos.

Después, llegan todos con un montón de globos a premiarte por tu memez, y te la pasas ahí sentado, uno, dos, cincuenta años, pixeleado pero feliz. Con todos los adictos a la burbusoda que se llaman Pao, Pam o Marijo, y te gusta que te aplaudan todas tus tonteras, porque como de

chiquito fuiste falto de atención, necesitas compensar esas tardes con falsos anfetaminados que te gritan en la radio que seas optimista, y dicen wow con grabadoras molestas, para impedir que te des cuenta de toda la mierda que tienen detrás.

Esperando para joderte.

Engordándote con sacarina mental.

¡Bang!, traga, ¡bang!, que te lo tragues te dije. ¡Bang!, ya te moriste…

¡Bang!, traga, ¡bang!, que te lo tragues te dije. ¡Bang!, ya te moriste…



XXII
Vómito de náufrago

Regresó el trampolín de tres metros que se burlaba de mí, sólo que ahora traía a un amigo, y ya juntos, pues me intimidaban, y jamás les hice frente; luego me preocupó que mi mamá me dijera que si yo no les pegaba, ella me iba a pegar a mí. Llega el tipo de El Gran Juego de la Oca a querer cortarte el cabello, y brincas en la cama porque escuchas la voz de una chica que grita que algo está en la piscina.

Felicidades, usted ha enloquecido satisfactoriamente.

Creo que anoche me encontré con Dios, supe que algo así me iba a pasar desde que entré al metro, la taquillera no estaba y sonaba Simon and Garfunkel, subí al tren y me senté frente a un señor que traía un pantalón estampado con nubecitas. Entonces entró Dios, y se sentó frente al señor de nubecitas y frente a mí. Salí en automático de mi ensimismamiento y le observé, iba de vestir, con un rompevientos encima, tenía el cabello hasta los hombros, lacio y fosco pero muy bonito. Iba leyendo y anotando cosas, cuando supo que lo observaba, se quedó quieto, apresuró a guardar sus objetos, y me miró. En cuanto me puso atención, me inquieté, me sentí sofocada, no le podía sostener la mirada, me hizo pequeña en el interior y cuando le miré a los ojos, me vi.

Después de ese encuentro me he sentido como una marica, una marica de gala. Porque me dí la vuelta y le dejé, cuando yo sabía muy bien que tal vez quería hablar conmigo. Huí. Así como con Jueves.

Mi amado Jueves, que ahora vive con una morra que, cuenta la leyenda, tiene una bicicleta bien padre. Yo no puedo ni comprarme mis patines.

Pero bien, dudo que Jueves ande con las chicas por sus ruedas, o al menos eso espero, porque en verdad disfruté que me secara el cabello con su trapo mugriento y me prestara su chaleco con aroma a pis de gato

y ropa sucia. No, esas no son sus únicas cualidades, Jueves en realidad es un mutante por salud mental, que tiene de mago lo que tiene de Coyote. Fue a la cárcel por meter naranjas a Lecumberri, y lo dejaron en absoluta libertad por una falta de ortografía. Jueves tiene la barba hecha de lluvia, la lluvia de otros países que se escucha a media noche en la interferencia de la radio, sus labios son eso que inspiró a los organilleros a tocar toda la vida la misma canción discordante, de sus manos se deshila la tela suave con la que se cubren los lechos de los gatos salvajes. Y sus ojos son eso que vigila por las noches que el caos esté en su sitio.

A Jueves le nombré así una tarde en la que junio me encharcó los zapatos, cuando supimos que Refugio Mortificado vivía bajo la sombrilla verde que algún pudiente le regaló de buena gana.

Y todos tuvimos bigotes tupidos.

Eran los tiempos en los que nos emocionaba salir a darles miedo a las personas, cuando Matilde era un sillón y bebíamos Frutsis congelados hasta la congestión nasal. Andábamos por las calles de la colonia Roma unidas por una trenza, y nos sentíamos tan vivos que nos venían las ganas de vomitar.

Pero luego se nos cayó el imperio, aquellas bestias dóciles que arrullábamos con tanto amor, nos dieron por culo, mis pensamientos se tornaron nieve de TV. en la madrugada y tuvimos que demandar a los medios por el daño moral. Luego, cuando salimos, no supimos muy bien qué hacer y nos quedamos de pie en la calle, mirando en todas direcciones, como los perros que acaban de escapar de sus casas.

Jamás regresamos.

Abrimos la ventana para orear al mundo y esperamos a que se acomodaran nuestras realidades.

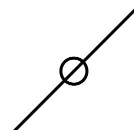
Seguimos esperando.

XXIII
Telesecundaria japonesa

Lejos han quedado aquellos tiempos en los que tenía que salir a pasear en bicicleta para poder llorar por los suéteres robados. De cuando le cambié el nombre a tu gata por Paulita, y nos mal drogábamos con las medicinas para la diabetes de tu mamá, comíamos panditas como niñas de preppy y nos emocionábamos con la rocola abandonada de una panadería. Tuve cólicos bajo tu ventana y también me tomé fotos bajo el rayito de sol, para sentirme poética, porque soy una ridícula. Soñaste que debajo de tu cama había una lagartija pariendo un hijo y necesitaba urgentemente una partera.

Y la lejanía de tales dichas, me hace añorar todas esas veces en que estabas tan absorto pensando en memeces, George, que no te dabas cuenta cuando te orinaban los pies en el antro.





XXIV
Esta es la ruina y todos estamos invitados

Después de tanta mierda, si es que un día les ganamos, nos darán una ovación con cañonazos, como a Mario Bross cuando se cuelga de la bandera y hace 2,000 puntos, *yonquis* de todas partes del mundo mirarán galaxias prestadas y pensarán que se ven iguales que en las monografías, pondrán la marcha de Zacatecas y saldremos al recreo. Usaremos coronas de flores, saludaremos como Miss Universo y abrazaremos a la que perdió.

Si un día ganamos, no habrá más preocuparse por firmar listas, o comprar boletos. Nosotros seremos el boleto.

No esperaremos a que nos envíen mensajes, o nos inviten a sus fiestas, porque nosotros seremos la fiesta.

No más que nos truenen los dedos, porque nosotros ya los habremos tronado primero.

Ya sé que mataron a tu perro a palos y lo viste llorar, que todos los malditos días te persigue un monje ebrio socavando tu lucidez, que el pasto de tu casa se seco con tanto maltrato infantil, y que tu primo el mala onda jamás te devolvió tu muñeco Thundercat.

Pero aún podemos ganar.

Mientras tanto cerraré los ojos como en la montaña rusa, porque me da miedo mirar al vacío, cerraré los ojos y gritaré muy fuerte, cerraré los ojos y esperaré a que todo se termine. Cerraré los ojos con el vértigo metido en el estómago y me voy a preguntar una y otra vez:

¿Por qué carajos me subí en este maldito juego?

XXIV
Ala Biolenci y su secta de fanáticos al calzado de goma

Había una vez nueve pelirrojos flacos, apiñados en la oscuridad, con las manos llenas de sangre.

Hacía mucho que había terminado el mundo, y la historia, y las madres, y los jardines, y los trabajos, y los cafetines, y la necesidad de usar calcetas que combinaran. No quedaba nada, pero tenían ese corazón, extraído de un zorro que habían encontrado y cuidado desde recién nacido. No iban a comerlo, en realidad lo que deseaban era verlo apagarse, lentamente, así, sin razón.

Así como lo había hecho la humanidad, con todo y sus almuerzos, y sus enfermeras, y sus guardametas, y el reloj despertador que apagas para volver a dormir.

XXVI
Hace algunos años estaba en un tugurio llorando la muerte de Lux Interior

Alguien olvidó un travestido que duerme en calzones bajo la parada de autobús de Dr. Olvera y Eje Central. La gente se la vive olvidando cosas que creen inútiles, pero cuando son viejas, insisten en que si las tenían. Una mujer lleva medio lustro sentada en el metro, sobre una maleta llena de no se qué narices, lee mucho y se peina un chongo hipster. Hay otra en el paradero del metro Tasqueña que insiste en orinar a la gente desde el puente.

Un vago, el que parece hermano de Jueves, suelta globos en la colonia Escandón a principios de octubre.

Y el Coronel Kaiser le ladra a Oslo, a quien le ví la silueta hace dos noches mientras veíamos una película. Un día de éstos ya lo veré tal cual, lo que pasa es que se está horneando como el novio de pan de Sabrina. Él es eso que la estufa de mi bisabuelita quería decir desde hace muchos años, se apretaba los trastes contra sí y sacaba la cena de fin de año con algunas úlceras, que se le formaban de tanto guardarse las cosas. Un día, antes de que me vaya, Oslo va a salir de ahí, cayéndose de tangible.

Tangible como el diseñador de helados que vive en Tijuana, duerme todo el día, y hace poco se le cayó una uña que le hizo darse cuenta de que ya era adulto. Se le había olvidado.

Insalubre como besar a tu novia en la Alameda, solía decir.

XXVII
Las canchas de tenis inundadas ayudan a formar el carácter

Cuando mi mejor amiga se fue a Francia, llegó un Dinosaurio con peluca como único amigo, y rompió la tina en la que nos gustaba remojar la mugre. Olía a pata de gato, canela rota, astromelias mojadas, camisa percudida, coladera triste, verano sudado, perro ronco y bandera deslavada.

Luego nos dejó George, por el desastre de aquella noche en que M y yo bailamos Perdóname mi amor por ser tan guapo, y el amigo de M se casó con su perro después de declararse el rey de la fiesta, aún cuando no era su cumpleaños. El perro vomitó.

Tuvimos un picnic tétrico en la iglesia de los ninjas y, la noche siguiente, salimos por caramelos con el negro en vestido, la pelusa de la lavadora y Monsieur William.

"Somos el ente que sale en las fotografías viejas." "Y nos morimos ahora mismo si nos da la gana."

Luego M y yo fuimos amigos, nos gustaba ir a beber para hablar de locuras y detectives de otros tiempos, esos que perseguían poetas héroes de la patria y también hangueaban en cafetines o cantinas del centro, para hablar de otros ídolos todavía más viejos. Un día lo llevamos a ver a Jueves, lo golpeó como bistec y le dijo que alzara sus ramas al cielo, luego lo puso a subir madera a la azotea para que se ocupara en algo. Prontamente el maestro poeta de closet se fue a la Blowjobera y no regresó.

XXVIII
Le vent souvage

Los hay que se acurrucan en el regazo sólo para sentir cómo respira uno.

Y tratar de usar paraguas porque es lo normal, pero no saber cómo porque Matilde se quitó el brazo que le estorbaba al dormir.

Bañarse mientras llueve también es baño María. María del sagrado corazón de Beto, quien lleva a hippies a ver la nieve sólo para hacerlos felices.

Go cars! Para todos. Playas de borrega con eslogan de *No más arena molesta*.

Gatos, los que te dé Dios, también para todos.

Personas de alto vacío que hacen plop, más vagos, algunos con letreros de satisfacción sobre sus molleras. Arrumacos mientras entran cabezas de caballos en el coche, ropita de niñas gimnastas y una garza en la ventana, para enviar un mensaje al espacio.

Latas que contienen 200 g de días amarillos. Carpetitas de sofá que te consuelen, un niño comiendo sopa en el bosque, mientras piensa en su mamá. Los Boy Scouts que te hicieron llorar, el sabor a columpio. La resbaladilla de tu nariz.

Drogas y no drogas.

Si un pelirrojo se te atraviesa, te quita el mal de ojo. Las etiquetas de las sábanas van para abajo o te darán mala suerte. Las iglesias en forma de hongo a la mitad de la pista de carreras donde corrían los pájaros, parques llenos de estructuras metálicas que alberguen drogadictos asustados hasta que suenen los gallos.

Y el ruso que vivía ahí.

Lápidas de albaricoque con el nombre de Pipo, que se la pasa a Tapioca y meten gol goei. Que nos abran la ducha mientras flotamos por la galaxia, levantar alegremente a Oslo en una sábana de hotel.

Los conflictos bélicos de sábado al sonar tu alarma, llegar por Prudence en una camioneta llena de ebrios que van a tatuarse, que me regañe por ello. Ser el Maverick del que estabas enamorado, pero al cual nunca le echaste ganitas.

Y bajar la loma mientras corres chistoso.

Bengalas que te alumbren cuando ya no puedas más, mandarte memos torpes con recados, diagnosticar electrodomésticos que sufren de abandono y dislocación de idiosincrasia. Los Ramiros colgantes. La risa de pedal. El murmullo de emponzoño.

Muñones asiáticos, vómito en las jardineras, silencios programados, baños para damas cojas, ciegos que bailen cumbia, club sándwich para nostálgicos, mariachis que otorgan títulos de nobleza, cursos de inglés para mulas torpes, lobos rubios ochentenos, gorilas cultos, góticos diabéticos, quimeras lloronas, ancianos alados, charcos de Japón, lámparas de cisne que viajan en el tiempo, peluches que te den estatus, leche de madres tóxicas…

Una Regina que coma moscas.

XXIX
Centella y mermelada

Un taxidermista de emociones va al volante en una persecución donde va a ganar, por la ventanilla mira pasar rápidamente los rostros de todos los poetas anónimos y se pregunta, en suspiro, si vale la pena. Está a punto de cruzar la tambaleante meta cuando gira bruscamente sobre su pequeño universo de 200 km por hora, y en un estruendo colosal, abre las puertas del universo del que te escapaste tú, ileso.

Los ajedrecistas por fin levantan los ojos del tablero y miran a su rival, los ases escondidos en las mangas de los tramposos vuelven a las manos de los magos tristes, y por fin, con un tirón de hilo largo y azul, compones esa notita musical que hace wooo, de sorbito en sorbito, en un tazón de sopa.

Me enteré de todo aquella tarde en que te asomaste por encima de las cabezas atolondradas de los infames para poder tomar un respiro, tenías el cabello hecho un nido de golondrinas alegres, que festejaban el cumpleaños de un sobrino. No podías invitar a nadie, así que mantenías el porte bajo. En otra ocasión, te sorprendí devolviendo las ansias robadas que los adictos a la burbusoda le quitaron a los niños apáticos.

Fuiste un accidente feliz en el lienzo del pintor más sensible, donde te acomodaste dulcemente durante horas mientras el mundo se secaba, para que al salir no te llevaras trazos ajenos, porque eres muy amable. Todos los igualadores de colores te quieren para medir sus expectativas de la vida de la manera más realista posible, pero se desesperan con tu transparencia y te vuelven a guardar con cuidado en la lapicera.

Los reyes pasados piden tu nombre en renta, en las ventanillas, para cuando les toca aparecer en los libros de texto, pasan días haciendo fila, con boleto en mano y la ilusión de nombrarse así.

Con el anhelo de llamarse como tú.



XXX
Implantes de senos para cuarentonas viudas

¿Dónde quieres perder?

Sobra decir que estábamos de atascadas, caminando por el Cetro como si no hubiese otro maldito sitio donde pasar el sábado, mientras el sol de día feriado hacia lo propio, carcomiendo nuestra piel de tramo en tramo.

Llegamos al monumento de la Revolución, donde apestaba a humanos remojando sus asquerosos cuerpos, el asco es imposible de describir, para entonces ya los veía a todos como fenómenos de circo, con las caras desfiguradas, las cabezas desproporcionadas, el aliento funesto, los gametos expuestos y el pelaje baboso.

Despuesito vino la exposición de animales hechos botella, o botellas de animales. El punto es que era basura. Y ya cuando empezábamos a sentir la pérdida de la articulación y pánico por todo, nos agarra el festival de israelitas. Traían de todo, payasos, acróbatas hinchados, señoras felices que mostraban las dentaduras, muchos traseros tristes, una banda de *happy punk* que me hizo sentir pena de ser joven…

Jesús fue bastonera.

Se nos atravesó un artista enano europeo en bici, justo antes de encontrarnos con el asesino serial que corre de vuelta con su mamá, a beber leche después de matar, al llegar a ese lugar, por cierto, nos cantaron el himno nacional y nos pasaron los créditos de la película encima.

No, no dolió.

XXXI
Soñé que teníamos pistolas

Hay una gimnasta muerta en el baño, afuera te siguen los chicos del jazz, ahora que ya sabes dónde hanguean los pepenadores contemporáneos. Se termina la película, con los chicos ingleses y el primo de Oslo, que es un cuento de hadas y huele a hogar.

Aquí es donde imploramos, dedeamos el recuerdo, nos hacemos chiquitos.

Importamos, nos calcamos en ácido sobre las muelas picadas. Nalgueamos la comida, abrimos sin preguntar, esperamos a que lleguen los soldados en lunes a dispararnos con una metralleta.

Desaparecemos, tenemos pláticas de locas, se atoran las sobras, me come la vida, se le aclama al insomnio, abrazamos las medicinas antes de dormir.

Vamos a ser chavos viejos, a convertirnos en sintetizadores que traigan sonidos de otras dimensiones, los *cassettes* viejos que alguien siempre va a buscar en tiendas de discos, seremos cobijas en tu sillón rojo, en un domingo interminable. Un domingo perfecto para comernos a nosotros mismos sin la capacidad de sangrar. Nos sostenemos precariamente de algo parecido al azar.

Nos despedimos, actuamos como si hubiera importado, aceptamos la ovación, salimos en un acto de extraña ficción.

Aplausos.

XXXII
Ponché una pelota, entonces vino mi amigo a comérsela conmigo

Me da miedo todo lo que pueda suceder, pero me da aún más miedo que no ocurra. Que las ficciones se nos amontonen en el lavaplatos, y nos privemos de todos los bellos momentos que pudimos haber pasado espantando a tus vecinos en el jardín. De todas las cosas inanimadas a las que les pudimos coquetear sin razón, de que las trompas peludas que nos pudieron alumbrar hayan apagado su brillo, de no vengarnos de la niña que le robó el almuerzo a María en el jardín de niños, de que todas las cosas mórbidas de las que pudimos enterarnos, estén haciendo alarde en la vida de alguien más torcido que nosotras.

¿Te acuerdas de aquél domingo irrigado? Cuando presentábamos síntomas de descompensación de intersubjetividad, y preguntaste que si no extrañábamos algo, a lo que respondí que sí, que Acapulco. Y dejamos el tema. Pero sé a que te referías, algo se nos había muerto, ahí mismo, eran las ganas de estar. Y aunque traía mi pistola azul, no era eso lo que había terminado con nuestra l*ong live to friendship!* Eran los sombreros con diamantina, las canciones inoportunas, las llamadas plásticas, los letreros de “No estacionarse” que tú también comenzaste a poner a fuera de tu vida. La vez que estábamos en la Alameda y llego el niño de la caja de condones, a ver como nuestras burbujas explotában en cámara lenta. Y de pronto, puf, se rompió la fuente.

Lo triste y lo bonito.

Los jueves pozoleros.

Cargar judíos en equipo.

Comer espagueti en la bañera y abarajárnosla también.

Confundir a Rigot con una señora.

El piso 15 desde el que te arrojó Cecilio.
Los señalamientos robados.
Manosear manubrios de bicicleta.
“Slenderman” mirándote sin rostro en el transporte público.
El lobo hipster que nos veía desde la ventila.
La fiesta de cabezas en el jacuzzi.
Tallarnos la rodilla en el piso del baño.
Orinar y no limpiarnos.
El vodka que sabía a jabón foca.
Las cajas torácicas.
El hombre de traje que cae alegremente al vacío.

Todo lo que NO VA A PASAR.



XXXIII
Las playeras sin costuras

Éste tiro es por la mujer que se pasó la vida enseñando a las orquestas a tocar una canción para su funeral, y terminó enterrándolos a todos. Por el futbolista, novio de la chica, cuya abuela se pasaba todo el día rompiendo vajillas finas. Por el vago de Reforma, que se gasta la vida caminando de un extremo a otro, mirando el vacío. Por el edificio del mal, en donde viven muchos *yonkis* amenazados por la señora que los quiere matar a TODOS. Por la perrita Laika, que seguramente sigue dando vueltas en el espacio sin saber qué sucede…

Por ver nuestra vida ilustrada en fotografías de crímenes viales. Porque a veces se me olvida que mi otro pie también sirve, por las veces en que nos disfrazamos de fieras y nos embriagamos en el campo escuchando a The Doors, porque ya me cansé de vivir entre las camisas planchadas por los reproches mudos de sus esposas rencorosas, por la parafernalia de posguerra que hace que se peleen frente a sus familiares muertos, porque aprendan a buscar la belleza en los jardines adornados con cenizas de los sueños rotos y olvidados de los vecinos, esos que solían ser fantasías futuristas para un mundo mejor, el mundo que nunca cambió, el que sigue con tus padres diciendo que la vida es simple.

Por todas esa veces que hemos querido hablar con el gerente de esta vida, y sólo nos topamos con empleados del mes. Por los hacendados con los que jamás nos vamos a casar, por el crucero de la tercera edad en el que no nos vamos a subir. Por los niños que nadan en los baches de la avenida con sus flotadores rojos, por todo el cloro que se te metió en el alma, por las directoras de primaria con peinados altos que se dedican a apodar niños gordos, porque una mano lava a la otra, por el íntimo acto de colgar la ropa, por los pájaros con enfisema pulmonar, los perros neuróticos y los pececillos jariosos. Por los hombres que dejan sus tejidos donde quiera.

Por los borrachos que sueñan que corretean a otros perros. Por los niños hindúes que se encierran en el baño deseando morir. Porque algún día vuelva a ser tan feliz, que me salga a saludar a los aviones.

Por las personas que se sienten tan tristes como un foro de televisión lleno de ancianas famélicas que aplauden cuando se les indica, por los viajes de Napodos, por Aisbergai López, por todas las veces en que no supimos si las cosas estaban muy lejos o muy pequeñas, por el norteño que gritaba por la calle de Regina que se le moría su robot y nadie hacía nada, porque acaricien a Elvis, por el hombre que pide dinero para comprarse una falda en Coyoacán, por los suéteres extraviados que todavía nos duelen, por la muñeca a la que le cortamos el cabello para que fuera la loca y la amante.

Por Richard Alphert, por el muñequito de papel de la Alameda que bailaba para dos hombres malos, por todos los robots asesinados desde que perdimos la razón, por los sillones abandonados en la calle, por el novio de Matilde al que encontré vestido de payaso a las 12 de la noche, por las belugas a las que les llevan mariachis, por el hombre sapo del metro que siempre está croando, por las señoras incrustadas en paredes, por el punk con vestido de tartán, que trae a otro punk que le plancha la ropa en donde le da la gana, por los chicos "a go-gó" que tronaban los dedos en los cafés cantantes, porque Felipín encontró a su mamá, porque mis perros están haciendo oración, porque no pienso pasar la vida sirviendo a gente que en el interior sólo tiene calcetas viejas y borra de almohada, por Oslo y su hermana caníbal que se le perdió, por los todos y cada uno de los Lolos, por el Tigre…

XXXIV
16

No dejo de pensar en esa última llamada del Tigre, estaba en el baño de un departamento de Copilco, mi bff platicaba con sus amigas francesas y un chico desconocido trataba de darme un mal éxodo. Me había encerrado porque tenía ganas de arrojarme por la ventana y, posteriormente, había intentado tomar un cuchillo que, por cierto, reemplacé con un lápiz, por eso me vi en la ducha, escribiendo memeces bajo el jabón humectante y un estropajo rosa lleno de pelos. Me negaba absolutamente a salir. Entonces me dio el peculiar dolor de cabeza que indicaba que alguien intentaba comunicarse conmigo.

Era el Tigre.

Tan pronto como atendí, emprendí a darle el panorama de mi situación, de lo nubloso que era todo para mi, de cómo mi bff me trataba como a una desquiciada, lo mala que era la música, lo triste que me parecía todo. Él me entendió enseguida, como siempre, como nunca. Me soltó su punto de vista y posibles soluciones. Me indicó que saliera del baño. Me negué. Él insistió y me negué muchas veces más. Le dije que, estando él tan lejos, al otro lado del océano prácticamente, y tan ajeno a todo ese escenario, cómo se atrevía a pedirme algo así, que volviera a su exquisita vida y me dejase morir en aquel baño sitiado. Rió, rió mucho y apostó que me sacaría, con todo y la distancia, él lograría que yo saliera del baño.

Me burle de él.

Entonces me pidió silencio, y callé.Afuera, en la fiesta, sonaba PSYCHO KILLER de los Talking Heads.

XXXV
Soy el cuete por el que te tapaste los oídos y no explotó

Soy un clavicordio en piezas sueltas que viaja en un buque vacío. No, no es cierto, está lleno, repleto de amigos imaginarios, no, no son amigos, son langostas claustrofóbicas, son los gallos sangrantes de Essex, son tanques de guerra inflables, son hombres con vestido drogándose en las iglesias, son chicos japoneses del mercado de peces, usan shorts de los Muppet Babies y quieren patinar conmigo, son franceses dramáticos llorando sobre el cereal, son intelectuales desnudos comiendo miel , son un puñado de caballeros franceses fingiendo ser cabras, son profetas anabólicos con paralelepípedos bajo sus lenguas, son poetas que le ladran a las estatuas, es la reina Isabel mordiendo armadillos, es un bailarín epiléptico que vive temeroso de comer jamón, es Hansel promocionando sándwiches, es una pelirroja sin dedo pulgar que presume tener un pacto con el diablo, es Jonás persiguiendo al viento, es un lagarto con bisoñe.

Es una amena convivencia entre inestables y se alimentan de soldados nipones olvidados.

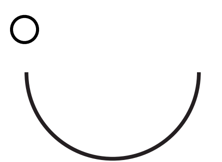
Hay un ruido eléctrico que repta por mis transformadores, anida en ellos y se acomoda suavemente entre pájaros de utilería y venados ciegos. Se queda inmóvil, como una bici azul, chiquita y rota, como si le estuviera chupando los colores a esta realidad prestada, como cortando el pasto seco a nuestros sueños, los que no usamos.

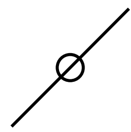
Entonces veo a Alan, Alan vestido de novia, metido en una tina de baño con agua azul, Alan rodeado de espejos en los que no me reflejo. Alan cruzando a través de uno de ellos. Alan dejando el agua turbia que ahoga este infinito en el aullido de lobos pardos, Alan siendo una puerta azul llena de nieve. Alan arrojando cometas rotos por el extenso y basto mundo enajenado que lo dejó partir, Alan abrazando osos polares con narcolepsia,

Alan y el gruñido del viento a las 6:33 de la tarde, Alan en el eco salvaje de una montaña invisible, Alan y el murmullo bárbaro de una loca que lo invoca en la grieta de una ventana, Alan y mágicas naves bruñidas, surcando la profunda pradera de mi lánguida melancolía cuajada.

Alan viviendo en Finlandia.

Feliz.





Este libro se terminó de imprimir en octubre del 2016, en Guadalajara, Jalisco.
Para su composición se utilizaron las fuentes tipografías Sorts Mill Goudy, para títulos; Avenir para cuerpos de texto y Minion Pro para la nomenclatura.


TPF